

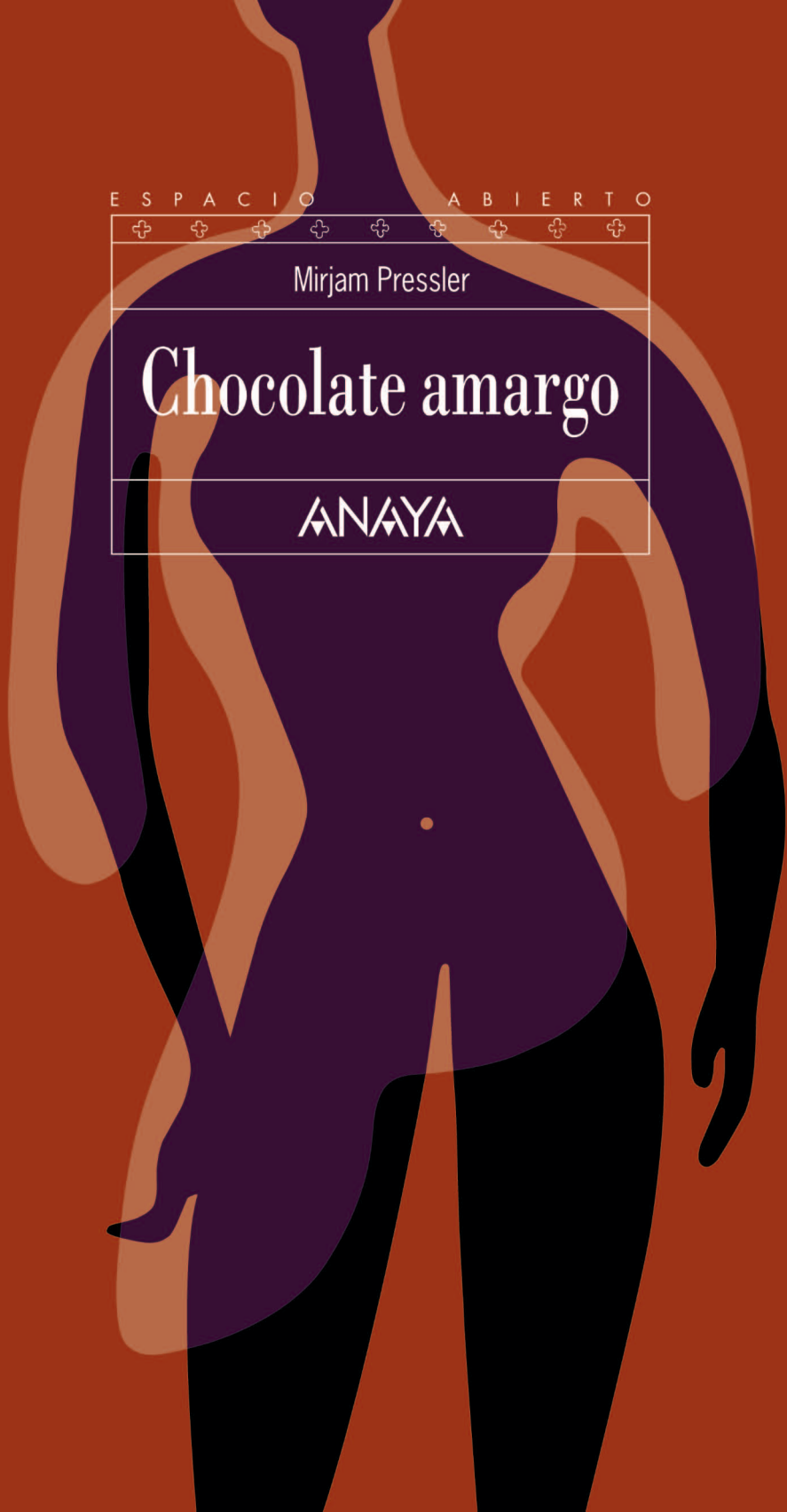
E S P A C I O A B I E R T O



Mirjam Pressler

Chocolate amargo

ANAYA



Título original:
Bitterschokolade

1.ª edición: abril 2009

© Mirjam Pressler, 1980, 2009
© De la traducción: Moka Seco Reeg, 2009
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-8439-9
Depósito legal: M.4446/2009
Impreso en ANZOS, S. A.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O

A B I E R T O



Mirjam Pressler

Chocolate amargo

Traducción de Moka Seco Reeg

ANAYA

Eva —dijo el señor Hochstein.
Eva agachó la cabeza, cogió su pluma y se puso a escribir.

—Eva —volvió a decir el señor Hochstein.

Eva agachó todavía más la cabeza, cogió el lápiz y la regla y dibujó la pirámide. No le oía. No quería oírle. No quería levantarse ni tener que salir a la pizarra. Vaya, se había movido. Sin mirar tanteó en busca del estuche, pasó los dedos sobre los objetos: los lápices duros, un pequeño sacapuntas metálico y anguloso, el bolígrafo con el clip roto... Pero ni rastro de la goma. Cogió su mochila, se la puso en las rodillas y siguió rebuscando con la cabeza agachada. Uno se puede pasar mucho tiempo buscando una goma. Una goma es algo muy pequeño dentro de una mochila.

—Barbara —dijo el señor Hochstein.

En la tercera fila se levantó Babsi y se dirigió a la pizarra. Eva no levantó la mirada. Pero, aun sin mirar, sabía cómo caminaba Babsi, con sus piernas largas y delgadas, su pequeño trasero y sus estrechos vaqueros.

Eva encontró la goma y volvió a colgar la mochila en su sitio. Borró la línea movida y la volvió a trazar.

—Muy bien, Barbara —dijo el señor Hochstein.

Babsi regresó a su sitio por el estrecho pasillo que había entre las filas de mesas y se sentó. El chirrido de su silla se confundió con el timbre.

Tercera hora: gimnasia. Carcajadas y risas ahogadas en el vestuario. Iba a ser un día muy caluroso, ya hacía calor. Eva se puso sus pantalones de chándal negros, como siempre, y una camiseta también negra de mangas cortas. Fueron a la cancha de deporte. La señora Madler tocó el silbato y todas las chicas se pusieron en fila. Balonmano.

—Que Alexandra y Susanne elijan los equipos.

Eva se agachó, se desató el lazo de su zapatilla de deporte izquierda y sacó el cordón para volver a meterlo.

Alexandra dijo:

—Petra.

Susanne dijo:

—Karin.

Eva introdujo el cordón por los dos agujeros inferiores y lo estiró tirando de los dos cabos hasta que las dos partes quedaron exactamente igual de largas.

Karola, Anna, Ines, Nina, Kathrin...

Eva fue enhebrando el cordón muy lentamente.

Maxi, Ingrid, Babsi, Monika, Franziska, Christine...

Eva se dispuso a hacer el lazo. Cruzó los dos extremos e hizo un nudo.

Sabine Müller, Lena, Claudia, Ruth, Sabine Karl...

Eva deslizó los dedos sobre el cordón, hizo un lazo con cada uno de los extremos y los mantuvo sujetos con el dedo pulgar y el índice de cada mano.

Irmgard, Maja, Inge, Ulrike, Hanna, Kerstin...

«Tendría que volver a lavar las zapatillas de deporte —pensó Eva—, están hechas un asco».

Gabi, Anita, Agnes, Eva.

Eva terminó de hacer la lazada y se incorporó. Estaba en el equipo de Alexandra.

Eva sudaba. El sudor le corría por la frente, se deslizaba sobre sus cejas y seguía bajándole por las mejillas, a veces se le llegaba a meter en los ojos. Una y otra vez se lo tenía que secar con el antebrazo y con el dorso de la mano. El balón era duro y pesado, le hacía daño en los dedos cuando lograba interceptarlo de pura casualidad.

También las otras tenían grandes manchas de sudor debajo de las axilas cuando terminó la clase. Eva regresó muy lentamente al vestuario y también se rezagó al desvestirse. Cuando se cubrió con su enorme toalla y abrió la puerta, solo quedaban un par de chicas en las duchas. Se dirigió a una de las duchas del fondo, a la de la esquina. Al ducharse sí que se dio prisa, dejó que el agua fría le corriera por la espalda y el vientre, pero por la cabeza no, que si no luego se eternizaba con el secador. Se echó agua en la cara con las manos. Las salpicaduras dejaron manchas oscuras en la pared de cemento. Eva se había quedado completamente sola en las duchas. Se secó con toda tranquilidad y se volvió a poner la toalla sobre los hombros de forma que le tapara el pecho y la tripa. Ya no quedaba nadie en el vestuario. Justo acababa de ponerse la falda, cuando la señora Madler abrió la puerta.

—¡Ah, Eva! Todavía sigues aquí. Cuando termines, me traes la llave.

Eva se tapó el pecho con los brazos y asintió.

El recreo ya había empezado. Eva fue a la clase a por su libro y se dirigió al patio. Se abrió paso entre las otras chicas hasta que llegó a su esquina, la que daba a la verja: ¡su esquina! Se sentó al borde del murete de cemento que servía de soporte a la verja y pasó

rápidamente las hojas del libro: buscaba el lugar en donde había interrumpido la lectura la noche anterior. Muy cerca de ella estaban Lena, Babsi, Karola y Tine. Babsi era la más guapa con diferencia: ¡hacía falta valor para atreverse a llevar una camiseta blanca tan ajustada sin sujetador!

Eva encontró la página que buscaba: «Miré el cadáver, aquel cuerpo consumido. Las arrugas de su cara, a pesar de que a lo sumo tendría treinta y cinco años. Había fallecido de una muerte muy común entre los indios. De inanición. Mastican hojas de coca para no sentir el hambre y de repente, un día, se derrumban y no vuelven a levantarse».

—Ayer estuve en la discoteca. Con Johannes, el hijo del doctor Braun.

—¡Hala, Babsi! ¡Qué envidia! ¿Y cómo es de cerca?

—Genial, ¡y no veas cómo baila!

Eva continuó leyendo su libro, *¿Por qué muestras la luz al mundo?:* «Me pasó de todo por la cabeza, desde la cultura del sibaritismo y de la delgadez hasta la dieta de Hollywood. Desde la eliminación de excedentes de producción en la Comunidad Económica Europea hasta los inhibidores del apetito que se recomiendan en los escaparates de las farmacias».

—¿Fuisteis en su coche?

—Pues claro.

—Mi hermano le conoce, coinciden en una clase.

«Yo sabía que él pasaba hambre. Como yo. Al final tuve que recurrir a los imperdibles, mis caderas se habían reducido alarmantemente y todas las faldas se me caían. Estaba haciendo la dieta de adelgazamiento más natural que existe: apenas tenía para comer».

Las chicas se echaron a reír. Eva ya no podía oír lo que decían, susurraban. Franziska se sentó junto a Eva.

—¿Qué lees?

Eva cerró el libro, manteniendo entre el dedo anular y el corazón las páginas que todavía no había leído.

—¿Por qué muestras la luz al mundo? —leyó Franziska en voz alta—. He oído hablar de él, ¿te gusta?

Eva asintió.

—Es interesante. Y a veces triste.

—¿Te gustan los libros tristes?

—Sí, creo que un libro es bueno cuando al menos te hace llorar una vez.

—Pues, si te digo la verdad, yo nunca lloro cuando leo. Pero, en cambio, en el cine, cuando la historia se pone triste, enseguida me pongo a llorar como una Magdalena.

—A mí me pasa lo contrario: en el cine no lloro nunca y, en cambio, al leer, muy a menudo.

—Alguna vez podríamos ir juntas al cine, ¿te apetecería?

Eva se encogió de hombros.

—Por mí...

Y ella, ¿cuándo lloraba? ¿Qué era lo que al leer la hacía llorar? Pues, la verdad, casi siempre eran palabras cursis, como *amor, caricias, confianza* o *soledad*. Eva miró a Karola y a Lena. Lena había rodeado con su brazo a Karola, muy posesivamente, con suma arrogancia. Así, exactamente de esa misma manera, era como antes Karola solía rodearla con su brazo. Eva conocía esa sensación cálida que le invadía a uno cuando otra persona le rodeaba con su brazo, tan abiertamente y delante de toda la gente, como si fuera lo más natural del mundo, como si no pudiera ser de otra manera y siempre hubiera sido así. Hacía daño verlo desde fuera. ¿No sabían los que lo hacían que esa intimidad mutua que se demostraban hacía daño a los demás? A los que no tenían a nadie, a los que estaban solos, sin posibilidad de acercarse a otra persona y

abrazarse a ella siempre que quisieran y sin pensárselo dos veces.

Eva se levantó.

—Me voy a por un té —dijo.

No quería herir a Franziska, la única que la saludaba cuando entraba en clase por las mañanas.

Eva siempre llegaba tarde, en el último momento. En la esquina de las calles Friedrichstraße y Elisabethstraße había un reloj y ahí se quedaba todos los días hasta las ocho menos cuatro minutos, para no llegar demasiado pronto y ahorrarse así el matutino «¿qué-es-lo-que-hiciste-ayer?».

El té estaba aguado y demasiado dulzón. Pero, al menos, estaba caliente.

Eva estaba delante del escaparate de la tienda *gourmet* Schneider. Se había pegado al cristal del escaparate para no tener que ver su reflejo: una Eva borrosa y deforme. No quería verse así. No tenía que mirarse para saber que estaba demasiado gorda. Casi todos los días, cinco veces por semana, tenía ocasión de compararse con las otras chicas: cinco mañanas en las que, quisiera o no, tenía que ver cómo el resto de sus compañeras se paseaban por ahí con sus estrechos vaqueros. Ella, solo ella, era la única que estaba tan gorda. Estaba tan gorda que a la gente le daba asco mirarla. Tenía once o doce años cuando empezó todo: estaba hambrienta a todas horas y nada la saciaba. Ahora, a los quince, ya pesaba ciento treinta y cuatro libras. Sesenta y siete kilos, y no era especialmente alta.

Sin ir más lejos, en ese momento estaba muerta de hambre, cuando salía de clase siempre tenía hambre. Mecánicamente contó las monedas que llevaba en el

monedero. Todavía le quedaban cuatro marcos con ochenta y cinco. Los cien gramos de ensalada de arenque costaban dos marcos. La tienda le resultó fresca después del calor abrasador que hacía en la calle. Al oler la comida, estuvo a punto de desmayarse del hambre que tenía.

—Por favor, doscientos gramos de ensalada de arenque con mayonesa —dijo en voz baja a la dependienta, que con cara de aburrimiento, detrás del mostrador, se rascaba una oreja perezosamente.

Pareció necesitar unos instantes para entender lo que Eva quería, pero luego se sacó el dedo de la oreja y cogió un envase de plástico. Cucharada a cucharada, fue metiendo los trozos de arenque y las rodajas de pepino hasta que, por último, dejó caer sonoramente otra cucharada de mayonesa encima y colocó el envase encima de la báscula.

—Cuatro marcos —anunció con indiferencia.

Como si tuviera mucha prisa, Eva dejó el dinero encima del mostrador, cogió el envase y se fue de la tienda sin despedirse. La dependienta volvió a meterse el dedo en la oreja.

En la calle seguía haciendo mucho calor, el sol brillaba en el cielo como una enorme bola de fuego. «Pero cómo puede hacer tanto calor en el mes de junio», pensó Eva. El envase que llevaba en la mano estaba frío. Apresuró el paso; cuando entró en el parque, casi corría. Todos los bancos estaban ocupados por gente que tomaba el sol, los hombres se habían quitado la camisa y las mujeres se habían levantado las faldas por encima de las rodillas para que también las piernas cogieran algo de color. Eva pasó lentamente por delante de los bancos. ¿La estarían mirando? ¿La estarían criticando a sus espaldas? ¿Les haría gracia que una chica tan joven pudiera estar tan gorda?

Ya estaba a la altura de los matorrales que separaban la hilera de bancos de la zona de los columpios. Rápidamente se abrió paso entre dos zarzas de espino blanco. Las ramas se volvieron a cerrar detrás de ella.

Allí nadie la molestaría, nadie la podía ver. Se inclinó para que la mochila le resbalara por el hombro y se sentó en el suelo. La hierba le hacía cosquillas en las piernas desnudas. Abrió la tapa del envase y lo dejó en el suelo. Durante un momento se quedó mirándolo fijamente, casi con devoción: los trozos de arenque, entre rosas y grisáceos, asomaban entre la grasienta y blanca mayonesa. Uno de los trozos de pescado todavía tenía adherida una tira de piel azul plata. Cogió ese trozo con mucho cuidado, apretándolo entre el dedo pulgar y el índice, y se lo metió en la boca. Estaba frío y su sabor era intenso y algo ácido. Lo fue desplazando lentamente por la boca con la lengua hasta que también notó el sabor grasiento de la mayonesa, que fue suavizando la acidez. Solo entonces empezó a masticar y a tragar, sus dedos volvieron a introducirse en el envase y se llenó la boca con trozos de arenque. Lo que quedaba de la salsa lo rebañó con el dedo índice. Cuando el envase estuvo vacío, se levantó con un suspiro y lo tiró debajo de un arbusto. Después se volvió a colgar la mochila del hombro y se alisó la falda con las manos. Se sentía triste y cansada.